



EN DIÁLOGO CON PLATÓN

Bayron León Osorio-Herrera
Jorge Alejandro Flórez
Compiladores

196

Osorio-Herrera, Bayron León, compilador
En diálogo con Platón / Bayron León Osorio-Herrera
y Jorge Alejandro Flórez R., compiladores -- 1 edición --
Medellín: UPB. 2023 -- 308 páginas.

ISBN: 978-628-500-093-5 (versión digital)

1. Filosofía 2. Filosofía antigua griega y romana
3. Filosofía: metafísica y ontología

CO-MdUPB / spa / RDA / SCDD 21 /

© Bayron León Osorio-Herrera
© Jorge Alejandro Flórez R.
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

En diálogo con Platón

ISBN: 978-628-500-093-5 (versión digital)
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-628-500-093-5>
Primera edición, 2023

Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades
Facultad de Filosofía

CIDI. Grupo *Epimeleia*. Proyecto: Didáctica de las lenguas clásicas: aprendizaje y enseñanza en la formación universitaria. Radicado: 137C-05/18-42

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Padre Diego Marulanda Díaz

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano de la Escuela de Filosofía, Teología y Humanidades: Johman Esneider Carvajal Godoy

Director Facultad de Filosofía: Pbro. Jorge Alonso Bedoya

Coordinadora (e) editorial: Maricela Gómez Vargas

Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Editorial UPB

Corrección de estilo: Nelson Alberto Arango Mozzo

Imagen portada: Ricardo Gómez Ángel, Unsplash

Dirección Editorial:

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2023

Correo electrónico: editorial@upb.edu.co

www.upb.edu.co

Telefax: (57)(4) 354 4565

A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 2256-22-03-23

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Apuntes sobre la transmigración de las almas: Sócrates, los animales y la muerte¹

*John Edison Mazo Lopera**
*Bayron León Osorio Herrera***

Introducción

SÓCRATES MURIÓ EN una cárcel a los 71 años de edad. No murió solitario y abandonado, sino en compañía de sus mejores amigos y parientes. Antes de beber la cicuta, y que le empezara a subir por las piernas el terrible frío del óbito, le pareció una buena ocasión para dialogar con los suyos acerca de la muerte. De manera que, hacia el año 399 a.C., mientras transcurrían las últimas horas de

¹ Este capítulo hace parte de los resultados del proyecto general de investigación del Grupo *Epimeleia*. Radicado ante el CIDI con el número: 333C-11/18-42.

* Doctor en Historia por la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Magíster en Historia por la misma Universidad, y Filósofo de la Universidad de Antioquia. Docente de la Facultad de Filosofía de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín. Integrante del Grupo de Investigación *Epimeleia* y coordinador del Semillero de Lenguas Clásicas y Semíticas.
Correo electrónico: john.mazol@upb.edu.co

** Doctor en Teología por la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB), Medellín. Coordinador de Posgrado e Investigación de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la misma universidad. Director del Grupo de Investigación *Epimeleia* de la UPB.
ORCID: 0000-0001- 5654-8989.
Correo electrónico: bayron.osorio@upb.edu.co

su estadía en este mundo, el filósofo griego trató de convencer a sus amigos de que toda alma es inmortal: ψυχὴ πᾶσα ἀθάνατος².

Privado de la libertad, Sócrates intentó probar la verdad de esta idea inmerso en una situación adversa y verdaderamente extrema. Mientras sus amigos lloraban, Sócrates, en un intento de consolación, quiso demostrar a todos los suyos que el alma nunca perece. Esta idea posiblemente apaciguó el dolor que sentían en ese mismo instante Apolodoro, Critóbulo, Critón, Hermógenes, Epígenes, Esquines, Antístenes, Ctesipo, Menexenes, Simmias, Cebes y otros.

Bajo una profunda conmoción del grupo por la ya cercana y definitiva pérdida de su maestro, Sócrates intentó consolarlos preguntando: “¿qué consideramos que es la muerte?”, ἡγούμεθα τι τὸν θάνατον εἶναι (Platón, *Fedón* 64c). La respuesta no se hizo esperar de su propia parte aclarándoles que solo se trata de una separación entre el cuerpo y el alma: “¿luego no es esto la muerte?” ἄρα μὴ ἄλλο τι ἢ ὁ θάνατος ἢ τοῦτο; preguntó Sócrates.

Sin embargo, estas palabras no fueron lo suficientemente evidentes para algunos discípulos que tenían serias dudas sobre el tema, tales como: ¿qué pasa con el alma después de la muerte? ¿Ella desaparece junto con la disolución del cuerpo? Y, si no desaparece el día en que el hombre muere, ¿es cierto que el alma vive para siempre?

Sócrates, ante la dificultad de semejantes cuestiones, propuso a sus amigos un tema fascinante que tenía a disposición: la transmigración de las almas. Según una antigua creencia, dice el filósofo, las almas no desaparecen, sino que van al Hades y luego vuelven a este mundo después de haber pasado por la muerte (véase *Fed.*, 70c). Luego, el filósofo griego plantea que no hay que examinar esta tesis en relación con los hombres, sino con los animales (véase *Fed.*, 70d). Sin embargo, de acuerdo a estas ideas de Sócrates: ¿qué relación existe entre la muerte y los animales?

² Sócrates afirmaba que el alma es eterna apelando a la autoridad tradicional de los sacerdotes y los poetas. Véase Platón, *Fedro* 245c; *Menón*, 81a-b. Véase también Erland Ehnmark, "Transmigration in Plato". *The Harvard Theological Review*, 1, (1957), 9.

Este artículo desarrolla tres apartados: en el primero, se exponen las ideas de Sócrates sobre la transmigración de las almas; en el segundo, presenta el mito de Er o el mensajero del más allá; en el último apartado, se establece una relación entre el carácter de los animales y la transmigración de las almas.

Ideas de Sócrates sobre la transmigración de las almas

LA FILOSOFÍA ES medicina para el alma³. Ella fue concebida de este modo por los antiguos con el objeto de proporcionar alivio a las enfermedades anímicas que aquejan al ser humano⁴. Unas aparecen en el alma por falsas opiniones sobre las cosas, mientras que otras se contagian por la imitación de comportamientos viciados. También es cierto que algunas angustias, aflicciones o pesares son provocados por la mismísima condición de ser simplemente mortales. Así pues, todos los seres humanos en algún momento de su vida sufren padecimientos físicos, hurtos, insultos, contiendas, miserias y desengaños. Y nada de esto se puede evitar, lo mismo que la pérdida de un ser querido.

Crantor de Solos (Ca. 330-268 a.C.) fue el primer filósofo en escribir un discurso consolatorio para apaciguar el dolor que provoca la muerte de un ser querido⁵. Muchos otros filósofos, imitando a Crantor, escribieron consolaciones para sus amigos y familiares. Así lo hizo por ejemplo Plutarco, quien escribió una

³ Pierre Hadot, ¿Qué es la filosofía antigua? Traducción de Eliane Cazenave Tapie Isoard y María Isabel Santa Cruz de Prunes (México: Fondo de Cultura Económica, 1998); Marta Nussbaum, *La terapia del deseo*. Traducción de M. Cande (Madrid: Paidós, 2003); Carlos García Gual, *Epicuro* (Madrid: Alianza, 2002).

⁴ Platón, *República* 564bc; Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, 2, 3; 8, 2; 27,1; 29, 8; 40, 5; 50, 9; 53, 7; 54, 2; 64, 8; 68, 7; 78, 3; 79, 25; 94, 17; 95, .19; 106, 6; 114, 22; 115, 6; Epicuro, *Carta a Meneceo*, en *Obras*. Traducción de Monserrat Jufresa (Barcelona: Atalaya, 1994), 122.

⁵ Han Baltussen, "Personal Grief and Public Mourning in Plutarch's Consolation to His Wife". *The American Journal of Philology*, 130, 1, (2009), 75.

consolación a su esposa ante la pérdida su propia hija, y una consolación a su amigo Apolonio por la muerte de su hijo. Asimismo, Séneca, el filósofo cordobés, escribió varias consolaciones de las cuales se conocen una a Helvia, a Marcia y otra para Polibio.

Entre las cuestiones más interesantes que aparecen en estos discursos consolatorios, se encuentra la inquietud de si la muerte es solo un mal o uno de los más grandes. A este respecto, Sócrates, durante los últimos momentos de su vida, propuso a sus amigos tratar la cuestión del siguiente modo. Dirigiéndose a Simmias le preguntó: “¿de seguro has sabido que todos los otros [hombres] opinan que la muerte es uno de los males más grandes?”, οἴσθα, ἢ δ’ ὄς, ὅτι τὸν θάνατον ἡγοῦνται πάντες οἱ ἄλλοι τῶν μεγάλων κακῶν; (*Fed.*, 68d). Sócrates, por supuesto, hace esta pregunta a su amigo porque él mismo no comparte la misma opinión.

Lejos de sentir temor, tristeza y desasosiego ante la muerte, el filósofo se muestra esperanzado respecto a la eternidad del alma. Asegura, entonces, que le espera otra vida en el más allá, donde presuntamente encontrará buenos amigos y gobernantes no menos que acá. Esta esperanza en el más allá, dice el filósofo, “provoca a muchos incredulidad”, τοῖς δὲ πολλοῖς ἀπιστίαν παρέχει (*Fed.*, 69e). ¿Qué intentaba decir Sócrates con estas palabras?

Los griegos, como es de esperarse en el caso de cualquier ser humano, temían a la muerte, puesto que consideraban el óbito como uno de los males más grandes. Y, por supuesto, este temor se intensificaba en grandes proporciones cuando algunos imaginaban que el alma desaparecía con la muerte del cuerpo.

Sócrates, en cambio, aceptó beber la cicuta sin ningún temor frente a la muerte, porque estaba persuadido de que el alma es eterna. El amor a la sabiduría había elevado su alma a una condición superior frente a los deseos y los afanes de este mundo. Según su propia opinión, aseguraba que los que viven entregados a la filosofía se pueden despreocupar del cuerpo (ὀλιγορέω) mediante la templanza (σωφροσύνη) (véase *Fed.*, 68c). Esto significa que los filósofos refrenan su temor ante la muerte, al comprender el verdadero destino que le espera tanto al cuerpo como al alma.

En este caso, no se trata de que Sócrates haya menospreciado la vida material, sino que él mismo sabe reconocer el destino que le espera al cuerpo y a todas las cosas físicas que se vinculan con ello, es decir: la riqueza, los honores, los placeres y otras cuitas. Él

mismo plantea que algunos hombres se estremecen ante la muerte, porque aman y no quieren abandonar aquellas cosas a las que se han acostumbrado en vida:

¿No es una prueba suficiente, dijo, si ves a un hombre irritado al pensar que tendrá que morir, puesto que no era un filósofo sino un amante del cuerpo? Él mismo, de alguna manera, sufre en efecto al ser amante del dinero, amante del honor y amante ciertamente de otras cosas a la vez.

οὐκοῦν ἰκανόν σοι τεκμήριον, ἔφη, τοῦτο ἀνδρός, ὃν ἂν ἴδῃς ἀγανακτοῦντα μέλλοντα ἀποθανεῖσθαι, ὅτι οὐκ ἄρ' ἦν φιλόσοφος ἀλλὰ τις φιλοσώματος; ὁ αὐτὸς δέ που οὗτος τυγχάνει ὦν καὶ φιλοχρήματος καὶ φιλότιμος, ἦτοι τὰ ἕτερα τούτων ἢ ἀμφοτέρα (*Fed.*, 68b-c).

Estas palabras de Sócrates plantean un paralelo muy interesante. Él mismo no teme a la muerte, porque es un filósofo (φιλόσοφος), es decir, un amante de la sabiduría; en cambio, el hombre que teme a la muerte, demuestra que él mismo no es un filósofo, sino un “amante del cuerpo” (φιλοσώματος), y de cosas semejantes, tales como: “el amor al dinero” (φιλοχρήματος) o “el amor al honor” (φιλότιμος). En efecto, Sócrates es un hombre libre de temores, porque ama algo que la muerte no le puede arrebatarse: la sabiduría (σοφία).

Este filósofo estaba convencido de que el alma es eterna. Así, antes de beber la cicuta, se aseguró de que sus amigos también compartieran con él aquella idea sobre la eternidad del alma para que no sufrieran demasiado ante su pérdida. Sócrates les aseguró que continuaría viviendo en el más allá después de abandonar su cuerpo. Además, consoló a sus amigos explicando algunas ideas sobre la transmigración de las almas. Según esta creencia, las almas nunca desaparecen para siempre, sino que regresan a este mundo después de muchos giros para habitar en el cuerpo de un hombre o un animal. En efecto, todos los cuerpos deben morir, dice Sócrates, pero el alma usa repetidamente muchos cuerpos y los abandona de nuevo para volver a regresar (véase *Fed.*, 91d).

Según sus enseñanzas, las almas intemperantes regresan a este mundo ingresando en el cuerpo de asnos y otros animales

semejantes. Otras almas que han amado la injusticia regresan para animar cuerpos de lobos, gavilanes o halcones; mientras que, las almas pacíficas y cívicas vuelven para transmigrar en el cuerpo de abejas, avispas y hormigas. De suerte que solo algunos hombres, que aman la sabiduría, y que se mantienen puros, pueden tener acceso a la estirpe de los dioses (véase *Fed.*, 81e-82b).

Es posible que, bajo los muros de la cárcel, estas palabras del filósofo griego consolaran a sus amigos. Ellos, también como amantes de la sabiduría, debían aprender que luego del óbito, el alma abandona el cuerpo para hacerse semejante a los dioses inmortales, o regresar a este mundo para ingresar de nuevo en el cuerpo de un hombre o un animal.

Ahora bien, estas ideas de Sócrates acerca de la transmigración de las almas apuntan a las antiguas enseñanzas de los pitagóricos. Respecto de ellas, Plutarco también conoció algunas de estas ideas cuando quiso consolar a su propia esposa diciendo:

Pues bien, piensa que, al alma, al ser inmortal, le sucede lo mismo que a las aves en cautividad; pues si se cría durante mucho tiempo en el cuerpo y llega a domesticarse en esa vida por muchas actividades y un largo hábito, cuando de nuevo desciende a él y se reencarna otra vez, ya no deja ni cesa de estar complicada en las pasiones y la suerte de aquí por causa de los sucesivos nacimientos (Plutarco, *Escrito de consolación a su mujer* 611d-e).

Sócrates también se refirió a la transmigración de las almas, no como un invento de su propio ingenio, sino como parte de una vieja creencia divulgada a través de mitos, y referida por otros sabios entre los cuales se suele mencionar a Pitágoras y Demócrito. Estos hombres, por ejemplo, aseguraban que los cuerpos de los animales pueden albergar temporalmente el alma de un ser querido, y por esta razón, era conveniente abstenerse de sacrificar animales e ingerir su carne (Plutarco, *Sobre comer carne* 997e).

Pitágoras enseñó a sus discípulos que el alma puede mudar de cuerpo en cuerpo, incluyendo también el de los animales. Así lo refiere Diógenes Laercio cuando relaciona que Pitágoras: “(...) fue el primero en manifestar que el alma, que muda de cuerpos en el ciclo de la fatalidad, está incorporada unas veces en uno y otras

en otro en distintas especies de animales” (Diógenes, *Vidas de los filósofos ilustres* VIII, 14)⁶.

Por otra parte, según un mito referido por el mismo Sócrates, un hombre llamado Er, regresó de entre los muertos para contar una historia de ultratumba. ¿Qué dijo aquel hombre sobre la transmigración de las almas? Este “mensajero del más allá”, ó ἐκεῖθεν ἄγγελος, es mencionado por Sócrates en el momento en el que intenta resolver algunas dudas de sus amigos acerca de la eternidad del alma y su transmigración en otros cuerpos.

El mito de Er o el mensajero del más allá

EN EL ÚLTIMO libro de la *República*, Sócrates cuenta una historia de ultratumba a Glaucón. Según el relato, Er fue un hombre de origen armenio que había muerto en batalla. Cuando los suyos realizaron los preparativos fúnebres, y su cuerpo yacía sobre la pira, volvió a la vida.

⁶ Estas ideas suscitaban dos grandes problemas en el mundo grecolatino con relación a los hombres y las bestias: el primero plantea ¿existen vínculos de justicia entre hombres y animales?, y el segundo, ¿el alma de los hombres puede transmigrar al cuerpo de las bestias? Sobre el tema, véase J. Bouffartigue, “Problématiques de l’animal dans l’antiquité grecque”. *LALIES. Actes des Sessions de Linguistique et de Littérature* 23, 1, (2002): 157; Jean Pierre Vernant, *Mito y sociedad en la antigua Grecia*. Traducción de Cristina Gázquez (Madrid: Siglo Veintiuno, 2003), 148-149; Santiago Montero, “El consumo de aves en la Roma de Augusto: *luxus y nefas*”. *Ilu. Revista de ciencias de las religiones*. Anejos 12, (2004): 59-60; Catherine Osborne, *Dumb Beasts and Dead Philosophers. Humanity and the Humane in Ancient Philosophy and Literature* (Oxford: Oxford University Press, 2007), 45-57. Sobre la doctrina epicúrea en la que se sostiene una postura de igualdad entre hombres y bestias en términos de la materialidad o la composición atómica de todos cuerpos, véase: Lucrecio I, 248 ss.; Monica R. Gale, “Man and Beast in Lucretius and the Georgics”, *The Classical Quarterly*, 41, 2 (1991), 416.

El hombre armenio aseguró que su alma se había separado del cuerpo, marchando junto a otras almas hacia un lugar maravilloso, donde observó dos puertas en la tierra y otras dos en el cielo. En medio de ellas había jueces que separaban las almas justas de las injustas enviando las primeras a la derecha y hacia arriba, mientras que las otras las enviaban a la izquierda y hacia abajo.

Al acercarse Er, los jueces le dijeron que sería un mensajero de estas cosas para los hombres. De modo que, observando con atención, percibió que las almas subían y bajaban por aquellas puertas, mientras que otras parecían haber llegado de un largo viaje. Las que venían de la tierra, contaban los terribles padecimientos que sufrieron durante mil años; asimismo, las que descendían del cielo, narraban las alegrías y los espectáculos más bellos. Cada alma expiaba por turno sus injusticias viviendo diez veces el castigo de sus culpas. Y algo parecido sucedía a los justos, pues estos recibían diez veces la recompensa por sus buenas obras.

Los tiranos estaban encadenados y eran apaleados violentamente mientras los desgarraban y los conducían al Tártaro. Después de caminar cuatro días, Er llegó a un lugar donde divisó una luz recta semejante a un arcoíris, pero más brillante. Esta luz era el cinturón del cielo, donde se sujeta la bóveda en rotación. A lo largo de ella se extendían los hilos de la Necesidad. En ese mismo lugar, se sentaban tres mujeres en círculo, ellas eran las hijas de la Necesidad: Cloto, Láquesis y Átropos. Cuando las almas de los mortales se les acercaban, un profeta daba el siguiente pregón:

Palabra de la virgen Láquesis, hija de la Necesidad; almas efímeras, éste es el comienzo, para vuestro género mortal, de otro ciclo anudado a la muerte. No os escogerá un demonio, sino que vosotros escogeréis un demonio. Que el que resulte por sorteo el primero elija un modo de vida, al cual quedará necesariamente asociado. En cuanto a la excelencia, no tiene dueño, sino que cada uno tendrá mayor o menor parte de ella según la honre o la desprecie; la responsabilidad es del que elige, Dios está exento de culpa (*República* 617e).

Luego se lanzaron los lotes (κλήρος), y cada una de las almas recibió su propia suerte⁷. Así, según su turno, el profeta les exhibió una gran variedad de vidas entre las cuales había hombres y animales.

Er, entonces, dijo que la primera alma en escoger, prefirió la vida de un tirano. Ella había descendido del cielo, pero por ignorancia eligió una vida cargada de desgracias. Así mismo, contó que allí pudo ver el alma de Orfeo, quien eligió la vida de un cisne, y que el alma de Támarais, escogió la vida de un ruiseñor; a su vez, un cisne eligió la vida de un hombre y, del mismo modo, hicieron otros animales⁸. Por su parte, Áyax telamonio, al reconocer las desgracias de su vida pasada, prefirió ser un león, ya que se había convencido de no querer renacer de nuevo como un hombre; Atalanta, eligió tener la vida de una atleta; Epeo, hijo de Panopeo, escogió la vida de una mujer; Tersites, quiso ser un mono; mientras que, el sabio Ulises, prefirió una vida indiferente y alejada de los cargos públicos. Así pues, según el testimonio de Er: “análogamente, los animales pasaban a hombres o a otros animales, transformándose los injustos en salvajes y los justos en mansos; y se efectuaba todo tipo de mezclas” (*Rep.*, 620d).

Una vez que las almas habían elegido sus modos de vida, se acercaban en orden a Láquesis, Cloto y Átropos pasando por debajo del trono de la Necesidad. Luego marchaban hacia el caluroso valle del Olvido (λήθη) y junto al río de la Desatención (ἀμελητής), donde algunas almas suelen beber demasiada agua olvidándose de todo. Más tarde, al caer en un profundo sueño, cada alma fue lanzada a diferentes lugares donde les esperaba un nuevo nacimiento.

⁷ La palabra κλήρος significa suerte, sorteo o lote. En los mitos griegos, plantean que Zeus, Poseidón y Hades se sortearon el cielo, el mar y el inframundo. Del mismo modo, los antiguos realizaban este tipo de sorteos para repartir sus herencias. Véase Jorge Páramo Pomareda, “Sorteo, lotes y herencia en la Grecia Antigua (A propósito de *Ilíada* XV 187-193)”. En: *Micenas y Homero (A propósito de Ilíada XV 187-193)*, editado por Jorge Páramo Pomareda, y G. Wernher (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995), 91-210.

⁸ En el mito de Er, la elección de las almas siempre está presente. Véase Lorena Rojas Parma, “Decidiendo la vida: el mito de Er en la *República* de Platón”. *Thémata. Revista de Filosofía*, 53, (2016), 39.

Pues bien, de algún modo, el mito de Er, referido por Sócrates, ofrece un aire de consolación. Los hombres que se atemorizan ante la muerte o que sienten tristeza ante la pérdida de un ser querido, pueden atenuar su miedo o su dolor, si llegan a considerar que las almas nunca mueren, sino que marchan a un largo viaje de diez mil años para retornar más tarde a este mundo (*Fedro* 248e). Sin embargo, siguiendo las enseñanzas de Sócrates, ¿cuál es el estatus que ocupan los animales en torno a la transmigración de las almas?

Según las enseñanzas del filósofo griego, el alma ($\psi\upsilon\chi\eta$) tiene a su encargo lo inanimado ($\alpha\psi\upsilon\chi\omicron\varsigma$), que es el cuerpo, tomando unas veces cierta forma y otras veces otra (véase *Fedr.*, 246b). De modo que, en el eterno retorno de la vida, los animales tienen muchísima importancia, puesto que su cuerpo recibe el alma que transmigra del más allá obedeciendo a un principio fundamental: la semejanza del carácter ($\eta\theta\omicron\varsigma$).

En el encierro de la cárcel, Sócrates plantea a sus amigos que las almas se ligan a ciertos cuerpos de animales según la semejanza del carácter que llevaron durante su vida anterior (véase *Fed.*, 81e-82a). En ese caso, los hombres glotones pueden transmigrar en asnos; los tiranos en lobos; las almas afables y comunitarias en hormigas, avispas o abejas. Del mismo modo, según el mito de Er, los leones son opciones de transmigración para hombre violentos como Áyax; mientras que el ruiseñor y el cisne son animales adecuados para hospedar las almas de los poetas (véase *Rep.*, 620a-b).

Según estas ideas sobre la transmigración, cada alma se une a los cuerpos de ciertos animales conforme a la semejanza de sus hábitos anteriores. De suerte que la semejanza del carácter ($\eta\theta\omicron\varsigma$) es el principio que liga a ciertas almas con ciertos animales. Si esto es así, entonces, cada alma de acuerdo con el carácter de su vida anterior, regresará a este mundo unida a un animal que por naturaleza ostenta ese mismo temple o modo de ser.

Al respecto, ¿cuáles fueron las condiciones de posibilidad para que Sócrates, según sus conocimientos zoológicos, planteara que ciertas almas se hospedarán en el cuerpo de abejas, asnos, hormigas o lobos? En otras palabras, ¿qué sabían los antiguos sobre el carácter de los animales?

El carácter de los animales y la transmigración de las almas

LAS ANTIGUAS IDEAS sobre la transmigración de las almas plantean un eterno retorno a este mundo en diferentes cuerpos de animales. En la exposición de estas ideas se puede inferir que los antiguos fueron muy buenos observadores del comportamiento animal. Si Sócrates dijo que el alma de un tirano regresaría del más allá para instalarse en el cuerpo de un lobo, se supone, entonces, que este filósofo conocía muy bien la naturaleza o el comportamiento de este animal.

Ahora bien, Sócrates llega a afirmar que las almas, según su modo de vida anterior, transmigran en cuerpos semejantes. De modo que este filósofo debía conocer muy bien el carácter de las abejas, las hormigas, los asnos y los lobos antes de poder afirmar que el alma de los tiranos, los glotones y de otros hombres transmigrarán en el cuerpo de aquellos animales. Respecto a este punto, la zoología de Aristóteles ofrece algunas pistas valiosas sobre la representación de los animales de acuerdo a la visión de los antiguos.

En la *Investigación sobre los animales*, Aristóteles plantea que existen semejanzas entre el comportamiento del ser humano y los animales. Por esta razón, el filósofo sostiene que: “Así, docilidad o ferocidad, dulzura o aspereza, coraje o cobardía, temor u osadía, apasionamiento o malicia, y en el plano intelectual una cierta sagacidad, son semejanzas que se dan entre muchos animales y la especie humana [...]” (Aristóteles, *Investigación sobre los animales* VIII, 588a20-24).

Estas semejanzas sugieren la existencia de ciertos lazos “psicológicos” entre el comportamiento del ser humano y los animales en términos de docilidad, ferocidad, coraje, cobardía, temor, osadía, malicia, astucia, etc. En otras palabras, según la zoología de Aristóteles, existe una similitud entre el carácter del hombre y los animales. Tanto en estos como en aquellos se pueden reconocer señales de cobardía, osadía, malicia, docilidad y sagacidad junto a otros modos de ser que revelan su carácter.

Aristóteles asegura que, por ejemplo, las perras son más tímidas que los machos, mientras que las hembras de los osos y los leopardos son más valientes (*Invest.*, IX, 608a34-35). En general, las hembras de todas las especies son más dulces, astutas, impulsivas

y preocupadas por la crianza de la prole que los machos (*Invest.*, IX, 608b1-3). Del mismo modo, por su condición natural, otros animales son indecisos, bravos, feroces, cobardes, agresivos y lujuriosos. Se dice también que las yeguas y las vacas son animales que desean ardientemente la unión sexual (véase *Invest.*, VI, 572a10). Y, entre otras características, el filósofo menciona que los jabalíes son irascibles y obstinados; que los bueyes son mansos e indolentes; que el pavo real es envidioso y presumido; que los gansos son esquivos y cautos; que la zorra es astuta y malvada; que el elefante es un animal tranquilo y fácil de domar; que las libras y los ciervos son prudentes y tímidos; que las serpientes son viles; que los leones son bravos y nobles, mientras que los lobos son animales salvajes y pérfidos (*Invest.*, I, 488b5-22).

Estas descripciones en verdad abren un acceso a las representaciones culturales de los griegos sobre el carácter de los animales. La divulgación de estos saberes zoológicos representó un caso bastante singular en el mundo antiguo, ya que sabios, poetas, filósofos y otros escritores exhibieron diversos conocimientos sobre el comportamiento de los animales.

Sobre este punto, se puede reconocer que Homero no solo fue un gran poeta, sino también un gran observador de la naturaleza. En su obra plantea diferentes comparaciones entre hombres y animales. Diomedes, por ejemplo, liquidando a Equemón y a Cromio, hijos de Príamo, dice, saltó sobre ellos como un león:

Como salta el león sobre una vacada y destroza
la cerviz de una vaca o becerra que pacen del soto,
así los derribó de su carro a la fuerza el Tidida
(Homero, *Ilíada* V, 161-163).

Cuando muere Pándaro, hijo de Licaón, dice que Eneas se lanza para rescatar el cuerpo de su compañero mostrando señales de confianza en sí mismo semejante a la de un león:

Saltó Eneas del carro, llevando el escudo y la lanza.
Tuvo miedo de que los aqueos llevaránse al muerto
y se puso a su lado cual león que confía en sus fuerzas
(*Il.* V, 297-299).

En el pasaje en el que Héctor reaparece en el campo de batalla y se muestra orgulloso de sí o arrogante, no parece que lo hace como cualquier hombre, sino como un caballo de crines ondeantes:

Como el potro que, atado al pesebre y comiendo cebada,
cuando rompe el ronzal, por el llano galopa y dirígese
a las límpidas aguas en donde solía bañarse
y, orgulloso de sí, con el cuello de crines ondeantes
levantado, y ufano de su lozanía arrogante,
raudo mueve las patas y va donde está la yeguada,
así pies y rodillas movía ligero el gran Héctor,
exhortando, ya oídas la voz del dios, a los aurigas
(*Il. XV, 263ss.*).

En otro suceso, Homero describe el instante aterrador en el que Héctor y Áyax se enfrentan el uno contra el otro como si fueran perros o leones:

Arrancaron entonces los dos las larguísimas lanzas
y avanzaron al punto lo mismo que fieros leones
o cual perros monteses dotados de fuerzas muy grandes
(*Il. VII, 255ss.*).

Patroclo persigue a teucros y a licios como un milano persigue a grajos y estorninos:

Apenose Patroclo al ver muerto a su buen camarada;
Cruzó al punto las filas primeras; igual que un milano
que, veloz, a estorninos y grajos en fuga los pone,
de la misma manera atacaste, ¡oh jinete Patroclo!,
a los licios y teucros; te hirió del amigo la muerte
(*Il. XVI, 584ss.*).

Héctor quita la vida a Patroclo como ocurre en el enfrentamiento brutal de un león y un jabalí salvaje:

Igual que al jabalí infatigable en la lucha derrota
el león, cuando en lo alto de un monte pelean con cólera
por la mísera fuente en la que beber ambos pretenden

y por fin el león vence a su jadeante enemigo,
así, luego de dar muerte a muchos, al gran Menetiada,
Héctor, hijo de Príamo, pudo la vida arrancarle
(*Il.* XVI, 826ss.).

Estas descripciones del poeta traducen la acción de los héroes míticos en términos zoológicos. Estrategia literaria que imitarán los poetas trágicos del periodo clásico, al interpretar el comportamiento de sus personajes en clave zoológica. Esquilo, por ejemplo, en boca del coro, explica el afán de Agamenón y Menelao con la imagen de buitres que surcan los cielos con inmenso dolor, mientras buscan a sus polluelos extraviados:

Este es el décimo año desde el momento en que el poderoso querellante contra Príamo, el rey Menelao y Agamenón, la poderosa pareja de Atridas que de Zeus recibieran la honra de sendos tronos y cetros, zarpó de este país de los argivos con una escuadra de mil navíos, transporte de tropas en apoyo de su derecho, gritando Ares con todas sus fuerzas y de corazón. Parecían buitres que con inmenso dolor por sus crías giran y giran surcando el aire sobre sus nidos con remos de alas, por haber resultado trabajo perdido la vigilancia que desplegaron en torno del nido de sus polluelos (*Esquilo, Agamenón*, 40-54).

El fragmento dice literalmente que los Atridas buscan a Helena como los buitres buscan a sus polluelos extraviados. Este episodio se apropia de la experiencia y los saberes zoológicos de la vida campesina, manifestando la desesperación de los Atridas a través del amor a la prole que caracteriza a los buitres. Esquilo utiliza este episodio para expresar un mito tradicional tejiendo elementos zoológicos con literatura poética. De modo que el amor a la prole y el desplazamiento aéreo del buitre son características zoológicas reconocibles en el contexto de la vida campesina, y bien aprovechadas por el poeta para expresar el desplazamiento y el afán angustiante de los Atridas.

Esquilo llama a Egisto “león cobarde”, pues este hombre esperaba el momento oportuno para matar al esposo de Clitemnestra (*Agamenón*, 1223); Casandra es la “leona de dos pies” (*Agamenón*, 1257), y Helena es como un cachorro de león que pronto se

convierte en una gran calamidad (*Agamenón*, 686ss.). Orestes y Píldes son llamados por Menelao “pareja de leones” (Eurípides, *Orestes*, 1555); el hijo de Áyax, ante la pérdida de su padre, sufre la misma orfandad que los cachorros de una leona muerta (Sófocles, *Áyax*, 988). Esquilo, finalmente, ilustra la vulnerabilidad de una suplicante cuando la compara con una ternera que es perseguida por una jauría de lobos:

Hijo de Pelectón, señor de los pelagos, escúchame con corazón benévolo. Mira a esta suplicante, fugitiva igual que una ternera que corre de acá para allá, perseguida por lobos, cuesta arriba de rocas escarpadas, donde con su vigor muge, confiada avisando al boyero del peligro que corre (Esquilo, *Suplicantes*, 350ss.).

Es de suponerse que estas comparaciones zoológicas suscitaron diferentes ideas sobre el carácter y la semejanza del ser humano y los animales. Así, Sócrates también ostentó este tipo de saberes, al dilucidar sobre la transmigración de las almas. Según las ideas de este filósofo, ellas realizan un viaje desde el más allá para insertarse en el cuerpo de los animales conforme a la semejanza de su carácter. Por esta razón, si un hombre fue malvado en su vida anterior posiblemente le espera como destino renacer en el cuerpo de un lobo; pero, si fue dócil y trabajador, quizá pueda transmigrar en el cuerpo de un buey, pues este animal, según las pistas que ofrece Aristóteles, es manso e indolente. Del mismo modo, según esta lógica, otras almas transmigrarán en otros cuerpos de animales según la semejanza de su carácter.

Conclusiones

EN DIFERENTES OPORTUNIDADES Sócrates habló sobre la transmigración de las almas. En los últimos instantes de su vida quiso que sus amigos lo acompañaran en una reflexión sobre la eternidad del alma. En el encierro de la cárcel, manifestó que viajaría al más allá para encontrar buenos amigos y gobernantes. Después de beber la cicuta, sabía que su cuerpo ciertamente moriría, pero que

su alma, al ser eterna, posiblemente realizaría un largo viaje para transmigrar de nuevo a este mundo en el cuerpo de un animal u otro ser viviente.

Sus ideas indican que las almas se unen a cuerpos de animales según la semejanza de su carácter. Sócrates supuso que el alma de los tiranos volverá a este mundo para ingresar en el cuerpo un lobo, mientras que las almas comunitarias ingresarán en los cuerpos de las abejas o las hormigas. Esta curiosa interpretación de Sócrates implica definitivamente ciertos conocimientos zoológicos sobre el carácter de los animales.

A este respecto, Aristóteles brinda algunas pistas para comprender la zoología de los antiguos. Según este filósofo, existen similitudes entre el carácter del hombre y los animales. Los unos y los otros pueden ser dóciles, tímidos, prudentes, valientes, osados, envidiosos, agresivos y más. Homero y los poetas trágicos también solían establecer relaciones de similitud entre las acciones de sus personajes con el comportamiento de los animales. De manera que Sócrates, sin desconocer estos saberes zoológicos propios de su época, justificó la transmigración de las almas explicando que algunas ingresan en el cuerpo de los animales según las similitudes de su carácter.

Para comprender a fondo los antecedentes y las consecuencias de estas ideas sobre la transmigración de las almas, sería necesario abordar el tema desde varios puntos de vista que incluyan el estudio de las creencias populares, los mitos y los saberes zoológicos del mundo antiguo, tarea que aquí se traduce como un objeto de estudio mayor y a largo plazo.

Referencias

- Aristóteles. *Investigación sobre los animales*. Introducción de Carlos García Gual, traducción y notas de Julio Pallí Bonet. Madrid: Gredos, 1992.
- Baltussen, Han. "Personal Grief and Public Mourning in Plutarch's Consolation to His Wife". *The American Journal of Philology*, 130, 1, (2009): 67-98.
- Bouffartigue, J. "Problématiques de l'animal dans l'antiquité grecque". *LALIES. Actes des Sessions de Linguistique et de Littérature* 23, 1, (2002): 31-168.

- Diógenes Laercio. *Vidas de los filósofos ilustres*. Introducción, traducción y notas de Carlos García Gual. Madrid: Alianza Editorial, 2007.
- Ehnmark, Erlend. "Transmigration in Plato". *The Harvard Theological Review*, 1, (1957): 1-20.
- Epicuro. *Obras*. Traducción de Monserrat Jufresa. Barcelona: Atalaya, 1994.
- Esquilo. *Tragedias*. Introducción Manuel Fernández-Galiano. Traducción y notas de Bernardo Perea Morales. Madrid: Gredos, 1993.
- Eurípides. *Tragedias I: El ciclope – Alceste – Medea – Los heráclidas – Hipólito – Andrómaca – Hécuba*. Introducción, traducción y notas de Alberto Medina González y Juan Antonio López Férrez. Madrid: Gredos, 1991.
- _____. *Tragedias II: Suplicantes – Heracles – Ion – Las troyanas – Electra – Ifigenia entre los Táuros*. Introducción, traducción y notas de José Luis Calvo Martínez. Madrid: Gredos, 1985.
- _____. *Tragedias III: Helena – Fenicias – Orestes – Ifigenia en Áulide – Bacantes – Reso*. Introducción, traducción y notas de Carlos García Gual y Luis de Cuenca y Prado. Madrid: Gredos, 1979.
- Gale, Monica R. "Man and Beast in Lucretius and the Georgics". *The Classical Quarterly*, 41, 2 (1991): 414-426.
- García Gual, Carlos. *Epicuro*. Madrid: Alianza, 2002.
- Hadot, Pierre. ¿Qué es la filosofía antigua? Traducción de Eliane Cazenave Tapie Isoard y María Isabel Santa Cruz de Prunes. México: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Homero. *Iliada*. Introducción y notas de Pere Güell. Versión en Hexámetros de Fernando Gutiérrez. Barcelona: Penguin Clásicos, 2015.
- Lucrecio. *La Naturaleza*. Introducción, traducción y notas de Francisco Socas. Madrid: Gredos, 2003.
- Montero, Santiago. "El consumo de aves en la Roma de Augusto: *luxus y nefas*". *Ilu. Revista de ciencias de las religiones*. Anejos 12, (2004): 47-60.
- Nussbaum, Marta. *La terapia del deseo*. Traducción de M. Cande. Madrid: Paidós, 2003.
- Osborne, Catherine. *Dumb Beasts and Dead Philosophers. Humanity and the Humane in Ancient Philosophy and Literature*. Oxford: Oxford University Press, 2007.
- Páramo Pomareda, Jorge. "Sorteo, lotes y herencia en la Grecia Antigua (A propósito de *Iliada* XV 187-193)". En: *Micenas y Homero (A propósito de Iliada XV 187-193)*, editado por Jorge Páramo Pomareda, y G. Wernher, 91-210. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995.

- Platón. *Diálogos II: Gorgias, Menéxeno, Eutidemo, Menón, Crátilo*. Traducción de Julio Calonge Ruiz, E. Acosta Méndez, F. J. Olivieri, J. L. Calvo. Madrid: Gredos, 1987.
- _____. *Diálogos III: Fedón, Banquete, Fedro*. Traducción de Carlos García Gual, M. Martínez Hernández, Emilio Lledó Iñigo. Madrid: Gredos, 1988.
- _____. *Diálogos IV: República*. Traducción de Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos, 1988.
- Plutarco. “Consolación a Apolonio”. En: *Obras morales y de costumbres Moralia II*. Traducción de Concepción Morales Otal y José García López. Madrid: Gredos, 1986.
- _____. “Escrito de consolación a su mujer”. En: *Obras morales y de costumbres. Moralia VIII*. Traducción de Rosa María Aguilar. Madrid: Gredos, 1996.
- _____. “Sobre comer carne”. En: *Obras morales y de costumbres Moralia IX*. Introducción, traducción y notas de Vicente Ramón Palerm y Jorge Bergua Caverro. Madrid: Gredos, 2002.
- Rojas Parma, Lorena. “Decidiendo la vida: el mito de Er en la *República* de Platón”. *Thémata. Revista de Filosofía*, 53, (2016): 31-62.
- Séneca. *Diálogos. Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio*. Traducción de Juan Mariné Isidro. Madrid: Gredos, 1996.
- _____. *Epístolas morales a Lucilio*. Traducción de Ismael Roca Meliá. Buenos Aires: Planeta-DeAgostini, 1995.
- Sófocles. *Tragedias*. Introducción de José Lasso De La Vega. Traducción de Assela Alamillo. Madrid: Gredos, 1981.
- Vernant, Jean Pierre. *Mito y sociedad en la antigua Grecia*. Traducción de Cristina Gázquez. España: Siglo Veintiuno, 2003.